

Hugo Eduardo Herrera, *La derecha en la Crisis del Bicentenario* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014).

RESEÑA

INDIGENCIA DE IDEAS: LA DERECHA EN CHILE

Joaquín Fernandois

Pontificia Universidad Católica de Chile

www.cepchile.cl

"C uando los ancestros emergieron de las profundidades de la tierra, se dice, estaban divididos en dos grupos, uno pacífico, vegetariano, y asociado al lado izquierdo, el otro belicoso, carnívoro, y asociado al lado derecho. Los dos grupos resolvieron aliarse y cambiar entre sí sus respectivos alimentos (...). La leyenda invoca así un doble devenir: uno, puramente estructural, que pasa de un sistema dualista a un sistema tripartito, con retorno al dualismo anterior; el otro, a la vez estructural e histórico, que consiste en la anulación de un trastorno de la estructura primitiva, resultante de acontecimientos históricos o concebidos como si lo fueran: migraciones, guerra, alianza."

El pensamiento salvaje, Claude Levy-Strauss¹

JOAQUÍN FERNANDOIS. Profesor titular del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Entre otros, ha escrito *Política y transcendencia en Ernst Jünger 1920-1934* (1982); *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (1985); *Abismo y cimientto. Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938* (1997); *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial. 1900-2004* (2005); *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (2013). Email: jfermand@uc.cl

¹ Claude Levy-Strauss, *El pensamiento salvaje* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1998; original, París: 1962), 107-108.

EL MOMENTO DEL LIBRO

“La derecha chilena se encuentra en una grave crisis, una crisis intelectual”. Es la primera frase del libro, una clarinada donde está contenido todo lo que el autor quiere decir. Es un colofón a una serie de reflexiones más o menos desordenadas que se han desarrollado en el país a raíz de la descomunal derrota política del año 2013, a pesar de que la gestión del gobierno de derecha no deslució en el contexto del Chile de las últimas décadas. Hugo Herrera intenta poner orden dentro de un ambiente de crisis y desaliento. El autor, que se encuentra en la fase relativamente temprana de una carrera académica e intelectual, nos ha brindado ya algunos libros con reflexiones sobre la condición de nuestra época, el papel del Estado y la relación entre ética y política. Expresa una pasión que por momentos desborda el discurso analítico, y que otorga calidad y sentido dramático que el lector podrá aquilatar como verdadero y no impostado, al revés de tanta literatura que suele calificarse a sí misma de “crítica”. Quizás porque va a contrapelo de las tendencias dominantes.

Su perspectiva intelectual es la de quien se formó en la filosofía política pero que quiere dejar una impronta en un campo que no sea especializado, sino la del ensayista que tiene detrás de sí, lo que uno lo adivina, un diálogo con los pensadores antiguos y modernos. En este sentido muestra analogía con una parte del pensamiento latinoamericano, claro que no aquel que pone énfasis en lo de “latinoamericano” casi como si se tratara de una marca étnica, tan usual en círculos académicos de la región. Aunque no lo pone de una manera explícita, su obra, en especial la que comentamos, hace recordar el ensayo célebre de Karl Jaspers, *La situación espiritual de nuestro tiempo*, de 1932. Son caminos arriesgados y el mismo Jaspers no debe ser liberado de un juicio examinador, ni tampoco hay que privarse de efectuar un examen al texto que tenemos delante de nosotros.

Hugo Herrera —supongo que estará de acuerdo con esta apreciación— al igual que Jaspers tiene que ver con lo que se ha llamado la “crítica de la cultura”, una mirada llena de preocupación por la evolución de la sociedad y la cultura de la modernidad y que tuvo sus principales portavoces iniciales en Nietzsche y Burckhardt, y un nombre conocido entre nosotros, Oswald Spengler; mientras que en tierras chilenas, entre otros, se puede mencionar a Mario Góngora. El núcleo

de esta expresión se podría describir como aquilatar a la modernidad en sus rasgos más inquietantes, de paso incluyendo a izquierda y derecha. Esta sensibilidad intelectual ha sido más propia de una perspectiva más conservadora (que no es exactamente lo mismo que decir “de derecha”) próxima al tradicionalismo y a una visión pesimista del devenir histórico. Sin embargo, ha habido también una sensibilidad parecida en la izquierda radical, y representa un aspecto menor pero significativo en el pensamiento de Marx. En este sentido la alusión que efectuamos a Jaspers no es casual ya que algunos aspectos de su obra se reproducen en la llamada Escuela de Frankfurt, asociada al pensamiento marxista o neo-marxista del siglo XX.

Toda esta digresión la creemos necesaria, porque lo que es el pensamiento obedece a algunas preguntas fundadoras que se reproducen interminablemente en la historia humana. Las grandes obras de estudio y los ensayos —entendiendo que pueden poseer niveles distintos—, si han alcanzado un estrato suficiente de calidad, esto es complejidad, sutileza y contradicciones enriquecedoras que delatan la constitución de una obra real, no se agotan en la pertenencia o adscripción a una u otra de las grandes tendencias en la historia del pensamiento.

La obra que se comenta es una respuesta acelerada a una circunstancia histórica que se experimenta como acuciante y quiere dar una palabra que responda a las urgencias del momento. En este sentido es también una literatura de batalla con los riesgos que esto implica, y que en algunos casos, como lo vemos mes a mes en el foro de nuestros debates, convierte a estos intentos en entes ya exhaustos al publicarse como libros. Esto no parece ser el caso de este libro.

La inquietud quemante que se revela en sus páginas tiene mucho que ver con la frustración de muchos intelectuales —y de algunos artistas— a quienes en países como los nuestros les es difícil identificarse con las modas políticas dominantes o con aparente dominación (aquí hay matices que explorar) en el mundo de las ideas públicas y de la creación intelectual, que en su mayoría giran en mayor o menor grado en torno a la izquierda. Quienes se resisten a esta especie de Corriente de Humboldt, que ha sido muy fuerte en América Latina, rara vez aciertan a identificarse con la derecha a secas, y tienen buenas razones para ello.

Sucede que los que son considerados intelectuales de derecha no hallan su hogar dentro de ella; conviven muchas veces como extra-

ños en sus manifestaciones políticas y públicas. Sus adhesiones son ocasionales y aparecen por lo general de manera muy minoritaria; no pocas veces son usados (en la izquierda también, pero con recompensa material o ideal, o ambas). A veces toman cuerpo en momentos de grandes quiebres nacionales, como sucedió en Chile durante la Unidad Popular, cuando en las grandes universidades la mayoría de su cuerpo académico se situó en la oposición. La mitad de ellos al menos no se sentía ni se sintieron nunca de derecha y muy rápidamente pasaron a la oposición en los años del régimen de Pinochet. Algo similar ocurre en la actualidad en Venezuela, y la mayoría de los intelectuales y creadores artísticos cubanos se sienten ajenos al régimen, en exilio interno o externo, pero apenas quizás una fracción de ellos podría ser considerada de derecha. Son situaciones, sin embargo, relativamente anómalas, de grave crisis y no distintivas de una evolución histórica en torno a un debate público.

Todo esto le da un cariz especial al libro que aquí se comenta. En un país que, como casi ninguno en América Latina, ha estado definido desde hace unos ciento cincuenta años (el número podría discutirse) entre derecha e izquierda, como polos de un abanico a veces amplio o a veces muy polarizado, los intelectuales que podrían ser considerados de derecha en definitiva no han encontrado su hogar en la derecha, no al menos de la forma en que los intelectuales de izquierda lo hallan en partidos y en asociaciones que no esconden el carácter de tal. Ello a pesar de que el mundo de sensaciones e ideas que podríamos llamar cultura política de derecha ha sido en gran parte del siglo más amplio que la representación política de la derecha. Esto tiene algún origen en la constitución misma de lo que es la derecha y lo que es la izquierda, y desde luego no es sólo un fenómeno chileno, sino que se reproduce a lo largo del mundo con algunas excepciones o fases en donde la situación pareciera invertirse. En general, sin embargo, la tendencia a que intelectuales y artistas de izquierda aparezcan más “orgánicamente” vinculados a un sector específico es una clara diferencia con el mundo de la derecha, donde generalmente los intelectuales y artistas no se reconocen (o se molestarían de ser calificados como partes del sector), lo que responde más a una estructura del sistema que a una falencia de los actores.

Ello no quita que sea una realidad muy extraña, y posee una carga de ironía desmesurada, ya que no sólo existe la alienación de los intelectuales de derecha de lo que podría ser su casa natural, sino que tam-

bién está la indiferencia —y hasta a veces de la burla— que manifiestan los actores políticos y económicos de la derecha chilena hacia el mundo de la ideas y de la cultura.

Hugo Herrera se rebela contra esta tendencia. Su libro aspira no sólo a ser un llamado acerca de la importancia de las ideas en el quehacer político, en este caso de la derecha, sino que a plantear un estado de la cuestión sobre la crisis actual de la derecha política, y también algo del mundo de la mentalidad de derecha. Se trata de un grito crítico aunque parezca un oxímoron. Pocas veces como en la pluma de este autor se ha criticado tanto a la derecha sin emplear en general una conceptualización que podríamos llamar antioligárquica, aunque algo de esto se le desliza.

El libro se concentra en la debilidad política de la derecha, en la falta de una cultura política consciente de sí misma, salvo alguna referencia de rigor que parece más un lugar común que una idea provista de consistencia. Destaca con fuerza la situación crítica en que está la derecha, lo que en estos momentos nadie se atrevería a negar. No existe en el libro un análisis ni de su trayectoria electoral ni de la relativa fuerza o debilidad de la que ha gozado en el sistema político; no hay tampoco una caracterización de los actores salvo algunas insinuaciones y por ahí y por allá; tampoco se habla de la base social de sus componentes ni de su electorado. Se trata, en lo básico, de lamentar la anomia intelectual de la clase política de derecha y su dificultad en expresar metas estratégicas o ideas iluminadoras y convincentes acerca de sus objetivos. En suma, el libro es un mazazo a la falta de cultura intelectual y, por ende, a las carencias de personalidad de los partidos de derecha, todo esto dicho desde una combinación de dolor y frustración. Existen muy pocas referencias a la actuación de la derecha bajo el régimen militar, uno de los grandes problemas de imagen de la derecha; también un problema de fondo aunque no agote todo el potencial de la derecha.

UNA HISTORIA DE FRUSTRACIÓN

El libro de Hugo Herrera es una versión ampliada de un interesante trabajo antes expuesto.² En la base intelectual del autor destaca la tradición alemana, y él de manera explícita menciona a Nietzsche, Carl

² Hugo Herrera, “La derecha ante el cambio de siglo”, *Estudios Públicos* 135 (2014).

Schmitt, Heidegger, Gadamer y Habermas. No faltará quien señale que se trata de un cóctel imbebible; una mirada más profunda hace ver muchos temas comunes y el desarrollo de un pensamiento con cierto grado de concomitancia acerca de la modernidad por parte de esos autores. Lo que Hugo Herrera ha aprendido de ellos son formas de pensar. Además, cada uno es libre de acudir a la fuente que considere más fecunda, y aquí no se trata de una tribu oscura y provinciana. El problema siempre va a radicar en que más allá del lenguaje que entregue, hasta qué punto es posible traducir de teorías abstractas a interpretaciones de fenómenos concretos. Estos mismos pensadores lo han experimentado con su propio lenguaje y sus propias tomas de posiciones. Los casos de Schmitt y Heidegger constituyen todavía *cause célèbre*, aunque con el típico doble estándar no se le compara con otros casos. Nietzsche da para todo y “el 68” Habermas echó pie atrás frente a las consecuencias que sacaban algunos que antes habían sido entusiastas de él (al igual que Adorno, aunque éste no es inspiración del autor).

Herrera se pregunta por los ciclos, efectuando una genealogía del término y su aplicación en Chile. La figura que más asoma aquí —y en general en su libro— es Francisco Antonio Encina, en especial su *Nuestra inferioridad económica* (1912), cuyo centenario no fue recordado por nadie —incluyéndome a mí, como me lo reprochó un colega más joven—, a pesar de su pertinacia con el tema moderno de la cultura económica. Herrera destaca que Encina no proclamaba ningún determinismo inapelable, sino que, sostenía, era una situación que podía paliarse. Pienso que sería cosa de cambiar alguna referencia de tipo racista, más o menos comunes en la época, por el concepto actual de “cultura económica” y habría mucho que aprender de este autor. Herrera toma de Encina en lo básico una analogía. Así como el historiador creía estar ante una crisis profunda del país, Hugo Herrera cree que la situación actual hace que el período de auge de la realidad post dictatorial pueda llegar a su fin: “En la situación actual, la concentración del poder económico y político, fruto de un sistema diseñado para otro contexto (por ejemplo, con régimen electoral binominal, centralismo exacerbado, subsidiariedad acentuadamente negativa, controles férreos al sindicalismo, libertades económicas que favorecen la expansión del oligopolio), en grupos pequeños de la capital, carentes de la amplitud comprensiva suficiente como para incluir al país entero, está alcanzando sus límites, de tal gui-

sa que, de mantenerse sin modificaciones relevantes, el incremento de la frustración popular parece asunto difícil de poner en duda”.³

Aunque reconoce que el desarrollo de Chile es ambiguo y que, como él mismo dice, las tensiones no son unívocas, predomina un cierto tono de un desastre inminente que quizás le da un énfasis excesivo. El autor en todo caso quiere provocar. Caracteriza al período como del fin del miedo, en una imagen bastante extendida a autores de varios sectores, en especial de la izquierda. Yo me atrevería a añadir que hay que distinguir entre el miedo de una parte del país a la represión vivida en los años 1970, a lo cual la mayoría de la derecha fue indiferente —sobre todo entre 1973 y 1977—, del estado de incertidumbre material y político que vivió una gran parte de la población hasta fines de los 1980. Herrera destaca que la derecha había recibido su formación política reciente en los tiempos de las grandes fracturas ideológicas (me parece que el término Guerra Fría para este caso es un poco estrecho), y ésta sería la explicación fundamental de las ideas y de la acción de Jaime Guzmán, a quien acertadamente describe como un político que, siendo de talante intelectual, la acción le era más importante que las ideas. El mismo éxito de la transición a la democracia habría vaciado de legitimidad al sistema, aunque no sólo a la derecha. La “distribución del conocimiento e información” ha creado una nueva realidad que ha dejado perplejo a más de un sector. Se trata de un cambio cultural del cual no estamos seguros adónde nos conducirá. Dice Herrera: “Esta virtualización de la política ha significado que ella se ha vuelto más instantánea y superficial. El ejemplo paradigmático es Twitter, una red en la que por diseño es imposible realizar justificaciones de las opiniones emitidas y en la que, en consecuencia, se impide el procedimiento mismo de la deliberación. En otros casos, sin embargo, la virtualización ha abierto canales a discusiones (ahora sí con justificación), que la concentración excesiva de los medios de comunicación políticamente más significativos mantenía constreñidas” (DCB, 36).

El catálogo de sus críticas, como decíamos reminiscencia de la antigua “crítica de la cultura”, podría encontrarse en la izquierda y ello no sería nada de raro. En su denuncia de que la elite ha devenido

³ Hugo Eduardo Herrera, *La derecha en la Crisis del Bicentenario* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014), 27 y 28 (de aquí en adelante referido como DCB).

en oligarquía existe una transversalidad de visiones intelectuales a lo largo de Chile. Lo que llama con acierto la Crisis del Bicentenario recuerda en realidad mucho algunos aspectos del Chile del Centenario, con su combinación de logros y carencias, además de la oligarquía, tema recurrente en el libro. Herrera añade el centralismo y lo que llama “empobrecimiento espiritual” (expresión esta última rara para no decir inexistente en los intelectuales próximos a la izquierda), un problema bastante profundo en Chile. El mismo Mario Góngora se quejaba décadas atrás de la falta de densidad espiritual que existía en Chile, incluso en lo religioso.

Frente a esto, Herrera, si bien asume la idea de un profundo malestar que recorrería a la sociedad chilena, no simpatiza con su manifestación más evidente, la tendencia al asambleísmo y a las movilizaciones con la intención apenas velada de demoler las instituciones para refundar el país. Como lo señala en una frase escueta y densa, “toda suspensión indefinida del orden institucional es, en último término, revolucionaria” (DCB, 46). Sólo que la derecha no parece ser una fuerza que en la actualidad pueda asumir la tarea que le corresponde, y eso que el autor no alcanzó a conocer el desarrollo de los hechos en los últimos meses, ni tampoco la crisis que se le agregó a la Nueva Mayoría, en sucesos que se siguen desenvolviendo a medida que escribimos estas líneas.

Herrera acude a una interpretación histórica para entregar su diagnóstico acerca de la derecha, y de paso toca mucho a la izquierda, porque evidentemente se trata de dos conceptos relacionados. No existe el uno sin el otro. Otra cosa es que sean fuerzas homogéneas en la vida política. En la actualidad chilena no lo son. “En el momento presente parece como si ambos estuvieran abordando la política de manera deficiente. El mutismo de la derecha en las discusiones teóricamente más exigentes, su especie de parálisis contemplativa frente al abismo, generada por una situación post Guerra Fría para la que carece de un aparato conceptual suficientemente denso y sofisticado, viene a ser el correlato de una izquierda que, con un discurso ciertamente de mayor complejidad, se apresura a hablar hegemónicamente, a copar las discusiones más de fondo en el espacio público, a pensar la noción de cambio de ciclo de forma autorreferente, cuando no para interpretar la realidad como si sus puntos de vista fuesen ciencia. Si la derecha peca por defecto en el

campo discursivo, la izquierda peca por exceso” (DCB, 56). El tema, sin embargo, es el de la crisis de la derecha.

La derecha gira mucho en torno a organizaciones de relativa espontaneidad, que adquieren alguna fuerza al momento de las elecciones. Se olvida que “es la teoría política la que desde antiguo ha puesto de relieve que la existencia de la república democrática requiere de más que simplemente contar los votos” (DCB, 58), sino que también se requiere una discusión racional en común. Vuelve atrás y enumera como parte de una derecha del siglo XIX a Manuel Montt, Antonio Varas, José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Abdón Cifuentes y a Zorobabel Rodríguez como sus representantes. No está claro por qué Lastarria y Barros Arana son incluidos en esta lista. Al libro le falta una definición al menos instrumental del concepto de derecha que utiliza, lo cual lo lleva a generalizaciones que hay que puntualizar. Lo mismo se puede decir del siglo XX, con la lista de los pensadores de derecha en los que incluye a Mario Góngora. El que a éste le hubiera disgustado ser de derecha no debe ser un criterio definitivo; con todo en su obra hay una distancia clara con la derecha concreta y la diferencia de manera muy rotunda del tradicionalismo que él cree representar. Quizás Góngora tiene un pie en una derecha conservadora sui géneris, próxima al caso peculiar de Alberto Edwards, al que admiraba profundamente. Quienes lo conocimos sabemos que no es imposible que en algunas ocasiones haya votado por candidatos de izquierda.

La noción de derecha de Herrera es más bien vaga. En la línea Bobbio, aunque sin citarlo explícitamente, Herrera asume el carácter relativo de izquierda y derecha. Más que definir, lo que hace es desechar lo que él llama una noción “esencialista” y describe, resume y comenta lo que ha sido, en consecuencia, la derecha concreta. Reemplaza la definición de derecha con la identificación de autores y tendencias que considera como tales.

En las tradiciones existentes enumera dos ejes, liberal/no-liberal y cristiano/laico y cuatro combinaciones de ellas: una cristiana y liberal, moralmente conservadora; una cristiana y no liberal, “más cercana al compromiso con los pobres y los sindicatos”; una laica y liberal en el aspecto económico y moral; y otra que denomina nacional-popular con un concepto más existencial que mecanicista de Estado (DCB, 118). La idea como hipótesis no está nada de mala aunque no intenta efectuar

identificaciones de grupos y actores individuales. Sería interesante en otro contexto acompañar la propuesta con una investigación más empírica. No está dicho de manera categórica ni intenta ninguna sistematización acerca del sustrato de la derecha, ya que ésta a veces aparece como respuesta necesaria en el desarrollo histórico; otras veces, las más, está identificada como una oligarquía que se ciega ante la realidad; al autor aquí también le falta un concepto de realidad. Si ponemos como ejemplo a un actor central de la derecha de la segunda mitad del siglo XX, Jorge Alessandri, habrá decir de él que tenía una idea clara de la realidad política aunque sólo en términos tácticos, con gran desinterés por el mundo de las ideas. A decir verdad, también le disgustaba que se le calificara de derecha, aunque con mucho menos razón que un Mario Góngora. En economía política parece ser que Alessandri vio con más claridad que Eduardo Frei Montalva o que Salvador Allende cuál era la gran posibilidad para el país; decididamente careció de un lenguaje para explicarse.

Se trata de que al concepto de oligarquía, tan cargado de valoración negativa, se le debe tratar con pinzas, en política y en la academia, para no hablar de los medios y la farándula, todas instancias donde se le usa con la mayor desaprensión, confundiendo sin más con elite (el más popular), clase alta, clase política, sectores dirigentes. Si sumamos, todos estos conceptos aluden a una realidad más compleja que jamás será resumida por la palabra “oligarquía”. Para observar lo que dice el autor, bastaría con una constatación anticipada de que una derecha que no sea más que oligarquía estaría condenada a ser una ínfima minoría, y en la era democrática condenada a su exterminio, en Chile y en el mundo. Esta derecha, si es que tomamos en serio la definición que la liga a una oligarquía que habría existido desde siempre, extática, comprendería a algunos empresarios de la Sofofa, la mayoría aunque no todos los socios del club de golf Los Leones y una pequeña minoría de quienes aparecen en algunas páginas sociales. El problema es que esta identificación no nos ayuda en nada a entender la fuerza de la derecha en el Chile moderno.

Justamente porque la derecha en el mundo moderno puede apelar con legitimidad a más que un estrecho sector social —su sueño general es la clase media, a veces con tendencias populistas en los sectores de la base de la pirámide— es porque en determinados casos puede ofrecer una posibilidad mejor al conjunto de la sociedad. Esto ha sucedido una

buena cantidad de veces en Chile y en el mundo. Lo que vagamente se alude con oligarquía ha sido también la fuente de reclutamiento de otros sectores de la clase política.

El autor termina su libro con algunas ideas concisas acerca de principios que debería asumir una derecha. Insiste en que debe conocer lo que llama la realidad, aunque también podríamos interpretarlo como que debe mantener vivo un interés político más permanente en el país. Así podríamos estar más de acuerdo. En segundo lugar resume muy bien lo obvio que es una ecuación entre Estado y mercado. En varias partes del libro las emprende contra los monopolios. En realidad cuando uno, como modesto consumidor, ingresa a una de estas empresas a comprar o a pagar cuentas, pareciera ser que representan una realidad monopólica. Esta observación que sentimos tan cierta debe ser puesta también en un contexto, y es que el desarrollo económico de vanguardia en la modernidad ha dependido fundamentalmente de grandes empresas líderes que se reformulan incesantemente. El mayor peligro de ellas reside en que se pueden transformar en monopolios extirpando el espíritu de empresa y toda libertad posible. Esto es lo que advertía Adam Smith.

Añadimos que un mundo de monopolios, por eficaces que fuesen en términos sociales, repelería a una conciencia estético-moral, y alienaría a la mayoría, restando legitimidad a toda economía espontánea. Ésta requiere también de una multitud de pequeños sectores económicos autónomos. Y un complemento: la derecha no puede apelar a la libertad económica como único valor, porque la gran mayoría de los seres humanos en una sociedad cualquiera no está comprendida entre los emprendedores con una racionalidad económica, lo que no quita que carezcan de derechos y autonomía. En su conjunto conforman la verdadera sociedad libre.

Por eso el autor, en un giro dinámico en relación al presente —y en lo que hubieran estado de acuerdo Góngora, Edwards y quizás Encina—, propone que la defensa del Estado debe constituir un patrimonio de los principios de toda derecha política. No de cualquier Estado, sino que de aquel que “es la forma de existencia de un pueblo. Está dotado de una dignidad específica, que deriva no sólo de su capacidad de garantizar la paz, sino de imprimirle al pueblo, con sus actos y símbolos, una cierta identidad en su diversidad” (DCB, 129). En efecto, el Estado no se debe confundir con la burocracia, aunque ésta es también una espina dorsal

del mismo. El que las agencias gubernamentales, que tienen que existir, funcionen bien, con eficiencia, por usar el término más empleado, es fundamental para cualquier sociedad y es uno de los índices para afirmar si un Estado se encamina en la dirección de ser “fallido” o no.

Sin embargo, el Estado no es solamente eso. Es un cuerpo político, es una tradición que se innova constantemente pero que no se borra jamás del todo. Asumiendo la famosa expresión de Edmund Burke —referida a la sociedad aunque creemos válida para este contexto—, es un compromiso entre los muertos, los vivos y los que están por nacer. A veces en momentos de ebriedad de hipereconomicismo —durante el boom a fines de los 1970, en cierta manera en los 1990— esto tendía a olvidarse y su efecto tenía potencialidades casi tan nihilistas como los de una revolución radical. Es una tentación de la derecha el querer olvidar esta dimensión, de la cual en realidad debería ser el principal portavoz. En contrapartida, el Estado totalitario es la negación de toda vitalidad social, como ha quedado palmariamente demostrado en la experiencia del siglo XX.

En un anexo bastante largo efectúa una crítica a siete libros que intelectuales de derecha, o políticos con interés intelectual de la derecha, han escrito en este último tiempo: Axel Kaiser, Francisco Javier Urbina y Pablo Ortúzar; Marcel Oppliger y Eugenio Guzmán; Cristián Larroulet; Luis Larraín, Jovino Novoa y Gonzalo Arenas.⁴ El comentario de

⁴ Axel Kaiser, *La fatal ignorancia. La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista* (Santiago: Democracia y Mercado, 2012 (2009)); Francisco Javier Urbina y Pablo Ortúzar, *Gobernar con principios: ideas para una nueva derecha* (Santiago: Libertad y Desarrollo, 2012); Marcel Oppliger y Eugenio Guzmán, *El malestar de Chile. ¿Teoría o diagnóstico?* (Santiago: RIL, 2012); Cristián Larroulet, *Chile camino al desarrollo. Avanzando en tiempos difíciles* (Santiago: El Mercurio - Aguilar, 2012); Luis Larraín, *El regreso del modelo* (Santiago: Libertad y Desarrollo, 2012); Jovino Novoa, *Con la fuerza de la libertad. La batalla por las ideas de centro-derecha en el Chile de hoy* (Santiago: La Tercera - Ediciones Planeta, 2013); Gonzalo Arenas, *Virar derecha. Historia y desafíos de la centro-derecha en Chile* (Santiago: Ariel, 2014). Si bien no expresamente escrito desde la derecha, habría que agregar un libro de Sebastián Burr, *Hacia un nuevo paradigma sociopolítico* (Santiago: 2010), que quiere contribuir al debate en general desde esta perspectiva, aunque antes del estallido expreso de la conciencia de crisis en la derecha. Sobre-caliante a esta discusión ha aparecido otro libro colectivo donde participa el mismo Herrera, donde se canaliza el concepto y problemas en torno a la subsidiariedad: Pablo Ortúzar (editor) y Santiago Ortúzar (coordinador), *Subsidiaridad. Más allá del Estado y del mercado* (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2015).

cada uno de los textos es relativamente acucioso, aunque no siempre creemos que es justo. Hay que concordar con Herrera que tiene razón al decir que “las invocaciones al discurso, la ideología, la filosofía o la teoría son entendidas simplemente como el reclamo por contar con herramientas útiles para contener la ‘avalancha’ discursiva de la izquierda” (DCB, 138), y no como un proceso de introspección propio a un pensamiento político.

Comparto también plenamente lo que ahora es casi un lugar común decirlo: el desinterés de la derecha por las ideas políticas y por la cultura en general se convierte para ella en un traspie en cada recodo de la existencia. Esto lo vemos en toda su evolución en el siglo XX y en lo que llevamos del XXI, con las excepciones que siempre ha habido. Por mi propia experiencia recuerdo haber escuchado o conversado con Pedro Ibáñez Ojeda, quien era consciente de ese problema y estaba bastante al día en algunos aspectos de la discusión pública mundial; se le notaban lecturas extendidas de Ortega y Gasset y de los autores que circulaban en la Sociedad Mont Pelerin, desde luego con su máxima estrella Friedrich Hayek. Veremos luego que la derecha no puede ni debe ser como la izquierda en su estilo; que la personalidad política debe poseer un tipo de criterio que, aunque sea intelectualmente formado y supere la inopia que hemos visto en estas últimas décadas, en lo fundamental siga siendo un estilo de acción y de lenguaje que se pruebe en la batalla política y no primariamente en el mundo académico. Éste, por lo demás, no es el único receptáculo de las ideas de nuestro tiempo. Con todo, es certera la observación de Herrera de que ha existido en la derecha la tentación a esgrimir las ideas como herramientas intercambiables según el caso, siempre que no saquemos la conclusión de que la tarea sería que los intelectuales dirijan a la derecha. Le iría peor.

Los siete libros que analiza Herrera son también una demostración de cómo intelectuales próximos a la derecha o algunos de sus políticos de dimensión intelectual, han respondido, a pesar de lo señalado antes, con un genuino interés despertado por el gran desconcierto que se produjo en sus filas debido al desarme político ocurrido en los años de la administración de Sebastián Piñera, y que parece continuar sin signos de abatirse hasta el momento de escribir estas líneas. Ésta es una de las grandes paradojas políticas de los años que hemos vivido en el siglo XXI. La sociedad post Pinochet es en no pequeña medida fruto de pers-

pectivas muy propias de la derecha. Ella logró constituir casi la mitad de electorado, y no sólo gracias al binominal. Incluso con el descalabro autoinducido del año 2013, Evelyn Matthei en la segunda vuelta alcanzó casi el 38 por ciento de los votos. Es un capital que se puede incrementar o esfumar. Y el gobierno de Piñera, de acuerdo a los índices con los que comúnmente son medidas las administraciones, no lo hizo nada de mal (sin haber sido espectacular). También, los dos gobiernos democráticamente elegidos por la derecha moderna, Jorge Alessandri y Sebastián Piñera, dieron una enorme garantía de derechos humanos y de pluralismo político en el país (a pesar de que bajo el segundo aumentó el terrorismo en La Araucanía y la violencia criminal siguió su curso). Si se mira esta realidad aislada, ¿para qué las ideas? Es lo que la derecha muchas veces parece concluir.

LA AMNESIA HISTÓRICA

Cuando la derecha entra en crisis abruptamente recuerda a las ideas. Algo parecido sucedió en la década de 1960, aunque con un debate más modesto que el actual. La principal respuesta ha sido de un mismo tono por medio siglo: la revitalización de la economía política clásica aplicada después al ejercicio de gobierno. Sin embargo, en términos de ideas políticas y de la sociedad, aparte del principio de subsidiariedad que todavía se debate vivamente, el interés por el mundo de las ideas y de la cultura sigue siendo tan pobre como siempre. Repetimos que ésta es una de las explicaciones de los súbitos estallidos de orfandad en las ideas con las que la derecha se topa repetidamente. Tropieza con la misma piedra. Algún grado de tradicionalismo ha sido un componente importante en toda derecha; en paradoja, la conciencia histórica que debiera acompañar a la derecha concreta en Chile es escasa cuando no inexistente, como Herrera lo dice varias veces. Aquí daremos tres ejemplos de una multitud que podríamos señalar, más allá del que comúnmente se aduce por su papel durante el régimen de Pinochet, y que le cobró su pasada de manera muy fuerte el año 2013, a raíz del cuadragésimo aniversario del 11 de septiembre de 1973. Quizás el asunto se ve de manera más prístina con tres ejemplos de otro calibre.

El interés de la derecha en las organizaciones culturales internacionales, en la proyección y en la recepción es escaso o nulo. La Cepal

www.cepchile.cl

jugó en el pasado un papel político importante en América Latina y es una creación de todos los gobiernos, y el de Chile jugó un papel especial. Chilenos nutrieron sus filas y como entidad, aunque hoy juega un papel menor, sigue existiendo con un presupuesto que se lo envidiarían muchos centros de investigación académica. Quizás no es —como lo fue— un centro creador de ideas que revierten sobre el continente, pero continúa aportando en investigaciones empíricas. Pues bien, en sus filas estuvo y está lleno de investigadores pertenecientes a la izquierda dura o próximos a esas tendencias, con uno que otro “negrito de Harvard” por ahí y por allá. Esto no es una maldad exclusiva ni de sus creadores ni de los profesionales e intelectuales que se desarrollaron en la institución; la derecha chilena y, creemos, la de otros países han sido absolutamente indiferentes a su existencia y no se les ha ocurrido reclamar una presencia de otras líneas de pensamiento y de acción. Ello, a pesar de que es evidente desde la posguerra de que en América Latina han existido vitalmente varias líneas de sensibilidades políticas, de escuelas de pensamiento y de proyectos económicos. En Chile, los dos gobiernos de derecha que ha habido en los últimos sesenta años no movieron un dedo, o no se les ocurrió hacer nada por modificar esta situación.

El segundo caso es el de la amnesia histórica de la derecha. Los ejemplos son infinitos. Me voy a concentrar en uno que me parece muy paradigmático, desligado de lo sucedido en el régimen de Pinochet que es lo que generalmente se considera, lo que por cierto es importante. Sabemos cómo la izquierda chilena e incluso la Democracia Cristiana cultivan la memoria de sus héroes y vivencias, todo ello muy legítimo. La derecha, en cambio, tiende a un manto del olvido. Ni siquiera esta frase manida sería cierta, ya que no se trata de una acción ni material ni mental, sino que sencillamente de una total indiferencia y desidia, asistida por la ignorancia. No se le ocurre. El Comando Rolando Matus, compuesto de aguerridos jóvenes del Partido Nacional en la época de la Unidad Popular, tuvo un papel clave en muchas partes del país en la movilización de ese partido y de otros sectores en la resistencia contra el proyecto de la izquierda marxista. Su nombre provenía de un joven militante muerto en una de las tantas tomas de propiedades agrícolas en el sur. En la derecha política, que se reorganiza formalmente a partir de 1983 por efecto de la crisis política de las “protestas”, no hay nada, ni

una foto, ni una placa, ni una referencia que lo recuerde a él en persona ni menos de la acción del Comando, que era propia de una política de movilización y contra movilización que caracterizó al Chile de esos años, legítima en ese contexto.

Ni hablar de pensar más atrás, en la marcada historia ideológica del siglo y del papel de la derecha en él. No se trata de enfrentar la omnipresencia de Salvador Allende, ya que ella proviene en no pequeña medida en que la imagen externa revierte al interior del país. Pero, y he aquí el tercer ejemplo, si comparamos el recuerdo de las figuras de Eduardo Frei Montalva y Jorge Alessandri, la diferencia es asombrosa (reconozco que la calidad de la palabra de cada uno de ellos era muy diferente, pero no su legado). Sólo un botón de muestra. La casa de don Eduardo en la calle Hindenburg ha sido convertida, con asistencia de fondos internacionales, en un museo de alta calidad, muy ilustrativo para todo público; un verdadero retrato de una época aunque cada uno podrá diferir en algunas apreciaciones que aparecen ahí, como es natural por lo demás. Lo visité recién a fines del año 2013 y expresé mis felicitaciones en el libro de visitas añadiendo una pequeña corrección factual a una fecha.

En cambio a la derecha jamás se le ha pasado por la cabeza que tendría que hacer algo semejante en, por ejemplo, el departamento de Jorge Alessandri, vendido con celeridad después de su muerte y que se le podría haber comunicado con el departamento de su padre, el León, ubicado en el mismo edificio (donde también vivió su yerno Arturo Matte, destacado político y empresario de la derecha), en analogía a lo que organizó la Fundación Frei. El departamento de don Jorge además es contiguo al Museo Histórico Nacional, estando en inmejorables condiciones entonces para crear un ambiente histórico que, sin caer en el panfleto, pueda también contener un mensaje sobre la visión del país. No ha sido un problema de recursos sino que de imaginación, de cultura, de interés elemental. Nuevamente, la desidia ante las ideas.⁵

⁵ Desde 1900 ha habido excepciones; éstas, eso sí, son sólo dos en consistencia y duración, producto de lo que en parte es una sensibilidad de derecha: lo que originó el diario *El Mercurio* y el Centro de Estudios Públicos, a riesgo de parecer siendo juez y parte.

DEFINICIÓN Y DEVENIR CONTEMPORÁNEO

Parte de esta situación se desprende de una condición elemental que la derecha chilena comparte con muchas derechas a lo largo del mundo. Mientras la izquierda, lo digo exageradamente, ha sido principalmente una creación intelectual que canaliza sentimientos y emociones, la derecha nace como una reacción más o menos espontánea ante un desafío a un orden que antes se consideraba inmutable y por lo tanto a nadie podría ocurrírsele que necesitase de una defensa política. En otra parte he propuesto que la definición de la diada izquierda-derecha puede expresarse de la siguiente manera: “¿qué es y qué debería ser la sociedad?”⁶ En un momento dado se produce la traslación de legitimidad desde instituciones heredadas a otras, que son asumidas como transformación de esa herencia producto de una deliberación. En otras palabras, la sociedad humana pasa a ser discutida en su constitución misma. Un grupo al comienzo pequeño, que después se amplía, se considera el portador de ese derecho. En términos históricos, ésta fue una larguísima evolución, aunque se puede acotar en parte al siglo XVIII.

La evolución cultural, añadida a otros factores como la distinción entre Estado y sociedad civil y algún grado de pluralismo en las ideas, instala la pregunta acerca de qué debería ser una sociedad. La pregunta lleva consigo una fuerza que impele a transformar la realidad, la que es sometida a un escrutinio crítico y hasta condenatorio, en una combinación de juicio ético y raciocinio intelectual. Éste fue el nacimiento de la izquierda que en Europa duró más de un siglo. Esta postura tiene la suficiente fuerza como para provocar un temor que vaya más allá del interés egoísta; un razonamiento que, pese a reconocer las carencias de la realidad, sostiene que ésta tiene su razón de ser. El ser mismo de la sociedad estaría anclado en supuestos antropológicos; todo cambio debería realizarse dentro de los parámetros en lo que consistiría la sociedad

⁶ Las ideas aquí expresadas están extraídas de los siguientes ensayos: Joaquín Fernandois, “¿Qué futuro tiene la diada derecha-izquierda?”, *Estudios Públicos* 60 (1995), el que entre otras cosas contiene un comentario a la destacada obra de Norberto Bobbio, rápidamente convertida en un clásico, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política* (Madrid: Taurus, 1995 (1994)); Joaquín Fernandois, “Movimientos conservadores en el siglo XX: ¿qué hay que conservar?”, *Estudios Públicos* 62 (1996); y Joaquín Fernandois, “Las paradojas de la derecha: el testimonio de Allamand”, *Estudios Públicos* 78 (2000).

humana. Es quizás a lo que alude el epígrafe de Levi-Strauss, que acen-
túa la mutua necesidad de las dos almas de la sociedad humana. Esta
postura acerca de posibilidades y límites de la recreación constante de
la sociedad se presenta también ante el público y pasa a ser parte de los
debates y articulaciones culturales de una época. Es el momento en que
nace la derecha. Derecha e izquierda en su conjunto son consustanciales
a la política moderna; la una no tiene sentido sin la otra.

La izquierda pone el acento en la transformación de la sociedad; la
derecha en que sus cambios sólo pueden producirse dentro del margen
que permite el funcionamiento de la misma. Sin embargo, en el desarro-
llo concreto de la política moderna cada una de ellas puede asumir algu-
na bandera de su adversario. Los momentos más fecundos del proceso
político han mostrado alguna de estas manifestaciones. En el siglo XIX
la Alemania de Bismarck, uno de los genios conservadores por excelen-
cia de la modernidad, abrazó dos ideas que hasta ese entonces habían
sido de la izquierda: la fundación del Estado nacional y las primeras
bases de la seguridad social comprensiva. Después, en 1919, los socia-
listas, en sus orígenes fundados por Marx y Engels, fueron la principal
valla para una revolución de tipo bolchevique en Alemania; que des-
pués la República de Weimar haya terminado en tragedia es otra histo-
ria. Tras la Segunda Guerra Mundial los socialistas alemanes abrazaron
muchos aspectos de la economía de mercado y contribuyeron a la con-
solidación de una de las experiencias económicas y sociales más signifi-
cativas desde la segunda mitad del siglo XX hasta estos momentos; y la
derecha alemana tuvo que despedirse del nacionalismo estrecho que en
general antes había aplaudido. Los ejemplos son innumerables.

Es cierto que tras la Caída del Muro se ha repetido que la distin-
ción entre derecha e izquierda carecería de sentido. En realidad, esta
discusión recorre el siglo XX, ya sea porque —se supone— la división
izquierda-derecha esté anticuada o sea dañina. Esta discusión se con-
funde muchas veces con la tesis del fin de las ideologías que ocupó a
buena parte de la sociología política de la segunda mitad del siglo XX.
Como en tantas cosas, es indudable de que ha habido una atenuación
de las querellas ideológicas que caracterizaron a la política moderna,
y en especial a la de tipo dramático, asociadas en el siglo XX parti-
cularmente al nazismo y al comunismo. Toda pacificación ideológica
conlleva alguna convergencia entre derecha e izquierda, y a esto no hay

cómo esquivar el bulto. La paz política implica una baja de las pasiones y con ello un aflojamiento de la energía moral de la que vive el debate político: las ideas políticas y el entusiasmo puramente político. Asoman entonces los intereses apenas camuflados en una retórica que tiene mucho de repetitiva y de hipocresía más o menos evidente, como una frase hecha que se repite sin mayor convicción, por ejemplo en un funeral de alguien a quien apenas conocimos. La historia de la democracia se mueve entre estos dos polos, la tensión que puede llegar al drama y más allá todavía; y la paz de la feria donde todo se transa.

Hay una tercera alternativa, prevista por aquellos que veían como inevitable el triunfo de la democracia pero que eran escépticos acerca de su duración indefinida, entre ellos con notoriedad el gran Alexis de Tocqueville, que pensaba que al final, como consecuencia de los mismos procesos democráticos, podría triunfar un despotismo. Sería el fin de la política en el sentido del fin de la democracia, aunque no de ciertas expresiones de la modernidad como las tendencias autoritarias, que de hecho dominan en la mayor parte de los Estados del mundo. En América Latina la razón populista tiene como norte ya no una revolución radical de tipo marxista, aunque en Venezuela se le parece, sino que el crear un ambiente de tensión permanente, de combate interminable contra las fuerzas conspirativas en las que se subsumen críticos, adversarios, enemigos, todo ello sin fin. La democracia, en cambio, es un estado de precario equilibrio, ahí está su gracia y su dificultad.

Sin embargo, todavía la articulación izquierda-derecha continúa siendo una forma de los actores políticos para identificarse entre sí. Como dice Bobbio, la relación entre igualdad y orden en términos muy generales mantiene un grado importante de realidad para definir las propuestas y prácticas políticas. Ello, siempre que no definamos orden como represión o al menos como pura represión (no pocas veces utilizada también por la izquierda). Habría que hablar del “orden de lo posible”, en lo que también cabe una igualdad razonable y hasta una igualdad de principios (por ejemplo, cómo llevar a la práctica aquello de lo de la “igualdad ante la ley”), así como la izquierda puede asumir sin complejos que hay una diferenciación al interior de la igualdad.

La izquierda tiene sus paradojas en su convivencia con las ideas, por ejemplo entre libertad y colectivismo, a pesar de haber nacido de ideas. En la derecha, que nace siempre primero de un sentimiento, las

paradojas son mucho mayores. La derecha en muchas partes del planeta experimentó un cambio en sus orientaciones acerca de la idea de mundo. Hasta los años de la Guerra Fría expresó una visión más bien pesimista acerca de la evolución mundial —aunque afirmando siempre que lo que consideraba sus ideas eran siempre las verdades últimas—, considerándose como un bastión de resistencia. Era la izquierda la que creía en un triunfo indefectible de sus puntos de vista. En torno a la Caída del Muro se produjo el gran cambalache. La izquierda pasó a expresar un pesimismo cultural, propio de una visión casi decadentista que por lo demás en parte estaba en Marx; y la derecha afirmó con orgullo que “el futuro nos pertenece”. La realidad concreta había sido siempre una combinación del pesimismo y del optimismo, aunque con un convencible matiz de tribulación en la derecha.

En el escenario chileno se reproducía la historia. La revolución electoral de los 1960 había reducido la derecha a un quinto del electorado. En los 1990, se movía desde poco más del tercio, llegando a rozar la mitad en algunos casos. Ello no fue sólo por el mentado binominal, ya que ni las elecciones presidenciales ni las de concejales han tenido que ver con ese sistema electoral. Me parece, en cambio, que la derecha heredó a grandes rasgos la votación del “Sí” del Plebiscito de 1988, que no fue una justa manipulada como la Consulta de 1978 o el Plebiscito de 1980. En los 25 años de la nueva democracia, la derecha parecía ser una vigorosa parte del sistema y seguramente lo era dentro del contexto ambiguo de toda democracia. Esto era parte de un estado de ánimo en el que, según diversas encuestas, predominaba la idea de que había existido un desarrollo positivo del país desde fines de los años ochenta. Ello generó un apoyo durante dos décadas a los sectores de centroizquierda; en segundo lugar, sin embargo, los actores de centro derecha también fueron favorecidos si consideramos que, ya antes de la elección de Sebastián Piñera, la derecha había dejado muy atrás la quinta parte de los votos que obtuvo en marzo de 1973, o el tercio que había alcanzado con una figura, como Jorge Alessandri, en 1970. Incluso llegó a superar el 40 por ciento y a pelear voto a voto las elecciones presidenciales que culminaron con los triunfos de Ricardo Lagos (2000) y Michelle Bachelet (2006). En realidad, desde las elecciones parlamentarias de 1997 despuntaba una cierta equiparidad en las fuerzas políticas, aunque por razones de cultura política y de la imagen de la historia reciente, la

izquierda era más fuerte. En el mismo sentido, la crisis reciente de la derecha tiene que ver de manera muy especial con la debilidad de su cultura política, que es por lo demás a lo que apunta el libro de Hugo Herrera.

¿Qué puede hacer la derecha al respecto? Hay un tema estructural que no va a cambiar, el que la izquierda viva primariamente de las ideas y, por lo tanto, sólo puede sobrevivir principalmente a través de ellas, a medida que le son fundamentales para poder aprovechar el sustrato social que le ha sido más común, la base de la pirámide social. Ésta es una correlación y como tal, no es absoluta, así como la derecha tiene una correlación con los sectores más altos, pero deja de existir si se reduce a ellos. En la práctica, la relación con el sustrato social nunca ha sido ni puede ser absoluta.⁷ La derecha, en cambio, se encuentra con las ideas como reacción ante el desarrollo de los acontecimientos, lo que la obliga a tomar conciencia de la circunstancia histórica y de los imperativos del momento. Esto hace que por necesidad, casi por motivos estructurales como diría Levi-Strauss, su relación con las ideas tienda a ser más compleja, veleidosa. Nunca va a escapar de su origen. Ello no quita que sea posible también que tenga respuestas creativas, porque recogen una sensibilidad del mundo de las ideas y demuestran un aporte al dinamismo del debate de la sociedad contemporánea.

En primer lugar, no existe ni puede existir un cuerpo de ideas coherente que alimente a la derecha. Ni la izquierda lo tiene, menos lo podrá tener la derecha. Así como derecha e izquierda son dos almas de un mismo cuerpo, esta consistencia se reproduce con más fuerza en el tema intelectual. Ni el intelectual de derecha ni el hombre político de derecha que busca ideas e interpretaciones podrá recurrir a teorías o planteamientos que sean puramente de derecha. Ni la izquierda puede darse este lujo, menos lo podrá hacer su contraparte. Esto pudiese ser una limitación. Sin embargo habrá que mirarlo más como una fuente de flexibilidad y dinamismo ante el mundo de la cultura, sin amilanarse

⁷ Un texto donde se hace una reseña exhaustiva de las posibilidades de definición de la derecha está en Juan Pablo Luna, Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.), *The Resilience of the Latin American Right* (Baltimore, Maryland: John Hopkins University Press, 2014). Creemos que en los capítulos generales de esta obra hay un énfasis excesivo en vincular las cifras de distribución del ingreso con la tentación no democrática de las derechas, y no se plantean de que sea racional el temor respecto a qué significaría la implantación de ideas y prácticas que pudiesen desarrollar las diversas izquierdas.

por el hecho de que en la medida en que intelectuales, académicos y artistas quieran o tengan que definirse ante lo público, tiendan mayoritariamente a considerarse de izquierda, ya sea por aquello de lo políticamente correcto, por convicción o por espíritu de manada. La derecha encalla cuando trata de repetir este tipo de actitud; tiene menos espacio para eso. Su fuerza radica en asumir la espontaneidad del desarrollo humano y en comprender que en ciertas estructuras de ese desarrollo existen también las posibilidades de rozar la plenitud, a pesar de que la derecha está más consciente que la izquierda de que el hombre tropieza con la misma piedra cada vez que intenta construir lo que cree la plenitud definitiva. Por cierto, a veces cae en lo mismo.

Debe asumir a su vez que existen en el cuerpo de la derecha dos almas, ninguna de las cuales puede faltar por completo. Una es aquella conservadora, más escéptica acerca del constructivismo moderno, y más atenta al valor escondido en la herencia tradicional, aunque deba renovarse sin cesar. En esto, extremando los argumentos, es interesante que en este siglo XXI algunas tesis de la izquierda antisistema o de lo que se podría llamar el post marxismo parecen formular ideas semejantes. Como se decía antes, existe en el mismo Marx una veta de este tipo. Por ello es que el conservadurismo y a veces el tradicionalismo en la derecha sólo son fecundos en lo político cuando van aliados a su rostro liberal.

Esta última constituye la otra alma de la derecha. En el caso de Chile ha sido la cara más visible. Ese concepto está asociado más generalmente al concepto de libertad, aunque no se agota en él. Entre otras razones, porque a medida que se va subiendo el grado de tolerancia propia del espíritu liberal, legislaciones contemporáneas van aumentando las conductas verbales que consideran intolerantes y, por lo tanto, dignas de ser prohibidas. Es la gran paradoja liberal moderna, a veces de contornos empobrecedores y hasta temibles. También se critica que la derecha en Chile hable de libertad cuando no le preocupó la libertad política durante la época de Pinochet.⁸ Esto permanecerá siempre como una mancha cuando se destaque el valor de la libertad como el único

⁸ Ver carta de Agustín Squella al director de *El Mercurio*, “La derecha, el orden, la propiedad”, del 14 de abril de 2015. Habría que agregar un matiz. Además de que hubo una evolución en el grado de libertad o falta de libertad durante el régimen militar, a partir de 1983 la derecha política en general comenzó a destacar el valor de la libertad en un sentido amplio, aunque tampoco en realidad con demasiado entusiasmo.

norte de una derecha. Ser portavoz de la pura apología de la libertad económica y de gestión siempre será insuficiente al momento de plantear una creencia política. La concentración en las grandes empresas, que hasta cierto grado como explicamos es casi inevitable, parece ser un mentís a la libertad posible. Sería libertad para unos pocos propietarios y gestores.

Una estrategia de ideas para la derecha —y una tarea para los intelectuales interesados a proponerla— es establecer una relación de equilibrio y fecundidad entre Estado y sociedad. La peculiaridad de Occidente ha sido describirla como fuente de una creación, hallazgo que revierte sobre la humanidad entera. Por ello, a la derecha chilena no le debiera ser indiferente la existencia del “modelo occidental” a lo largo del mundo —esto es el de democracia y economía de mercado, entendiendo que ésta pueda sí poseer rasgos distintos en cada país—, no como una cruzada que no condice con nuestra pequeñez y lejanía, sino como manera de saber qué queremos en este mundo actual.

La defensa de la libertad económica se emprende de manera más fecunda dentro de un ámbito definido como “sociedad civil económica”, más amplio y complejo, menos centrado en el “gran capital” aunque no se distancie de éste; más aún, éste es indispensable para el equilibrio creativo del todo. A la derecha le debería ser prioritario cultivar el sentido de responsabilidad económica —en lo propio y en lo que es de todos—, idealmente en la gran masa de la sociedad. Las cuitas de una voluntad de derecha debe ir hacia una sociedad de clase media, donde el estilo de ésta impregne a la gran mayoría de la sociedad, teniendo como metro aproximado el estándar de las sociedades desarrolladas del momento. Los cuerpos intermedios constituyen una base sobre la que la libertad concreta es posible; de ellos surgen los grandes conglomerados y también éstos los amenazan.⁹ Su multiplicidad, si va más allá del reino de la economía, es un contrapeso evidente aunque en esto la derecha no posee ningún monopolio especial.

A esta derecha le es fundamental —extendiendo algo a la fuerza el concepto— una sociedad civil cultural, a veces llamada “conciencia crítica” o creativa, aunque se ha abusado de las palabras. No sólo están los centros de ideas o *think tanks*, sino que el mundo intelectual y creativo en un sentido amplio. En nuestro Chile concreto esto incluye al mundo

⁹ Es el tema central de libro editado por Pablo Ortúzar ya citado.

de las llamadas ONGs y el círculo de las universidades públicas, que para estos temas han sido mayoritariamente cooptadas por las izquierdas, a veces con gran calidad; también las instituciones transnacionales públicas donde sucede el mismo fenómeno, como la Cepal y Flacso. En este campo de ideas y de proyección pueden coincidir las perspectivas liberal y conservadora.

Hay otra en la que pueden diferir y es inevitable que suceda. Los liberales quieren fortalecer al individuo —supongo que en deberes y en derechos y no sólo en estos últimos; de otro modo no serían liberales de derecha— y un conservador en principio no lo objetará. Pondrá mayor énfasis, en cambio, en el cuerpo político, en la nación, en el Estado como institución histórica que posibilita la existencia física. El puro énfasis en los cuerpos intermedios erosiona la cohesión de las instituciones generales que sirven de soporte al cuerpo político, a la sociedad en suma, sin la cual la libertad y la tradición no pueden florecer. El cuerpo político es parte de un ideal posible y de los límites y apertura que ofrece la sociedad humana. No es un patrimonio exclusivo de la derecha, pero desde su posición la debería también tomar como algo propio. En esto consiste uno de los bienes más preciados de la sociedad humana, la *espontaneidad*, que no es ni puro azar ni pura construcción.

En el dilema (real) entre igualdad y libertad, se buscará la igualdad posible y la libertad posible, todo dentro de un orden deseable. No se pide la cuadratura del círculo. La derecha, cuando es inteligente, no busca la realización de una idea, muchas veces un delirio. Lo que puede ofrecer, y esto es una tarea para los intelectuales a los cuales la derecha se les cruza —pertenecer no es el verbo adecuado—, es tener presente la *experiencia* real de la sociedad humana, incluyendo a los valores que ha sacado a luz como guía de la acción. Sabe o debiera saber que no hay coherencia o compatibilidad matemática entre ellos, puesto que la civilización consiste en la coexistencia de valores no necesariamente compatibles o del todo coherentes entre sí. No es un fuero creado para la derecha, sino que en una sociedad abierta, dentro del horizonte del modelo occidental, el metro civilizador de la modernidad, se abre un vacío abisal cuando se carece de su presencia en el debate de ideas y valores. *EP*